

“Y yo os debo la existencia,
 “Con que es justo, á mi entender,
 “Os cobréis entrambas deudas.”
 Púsose Juan Ruiz de hinojos
 A los piés de la doncella,
 Y asiéndola las dos manos
 Humildemente las besa.
 Acordáronse las bodas,
 Mas Catalina aconseja
 Que sean cuando él quisiese,
 Pero que sin ruido sean.
 Las malas manas ó antojos
 O tarde ó nunca se dejan,
 Y Juan en su mocedad
 Gustó de bulla y de fiesta.
 Así aunque pocos convida
 Para que á las bodas vengan,
 Buscó unos cuantos amigos
 Que le alegraran la mesa.
 Trajo vinos los mejores,
 Y viandas las mas frescas,
 Y apuntó por hora fija
 De noche las diez y media.
 Gustaba Juan sobre todo
 De cabezas de ternera,
 Y asábalas con tal maña
 Que á cualquier gusto pluguieran;
 Gozaba en esto gran nombre
 Entre la gente plebeya,
 De tal modo que le daban
 El apodo de *Cabezas*.
 Ocurrióle á media tarde
 Darse á luz con tal destreza,
 Y embozándose en la capa
 Salió en busca de una de ellas.
 Mataban aquella tarde
 En el Rastro una becerra,
 Compró el testuz y cubrióle
 Asido por una oreja.
 Volvió á doblar el embozo,
 Y contento con la presa,
 De la calle en que vivía
 Tomó rápido la vuelta.
 Iba Juan Ruiz con la sangre
 Dejando en pos roja huella,
 Que marcaba su camino
 Sobre las redondas piedras.
 En esto entrando en su barrio,
 Al doblar una calleja
 Dos ministros de justicia
 Le pasaron muy de cerca.
 El siguió y pasaron ellos,
 Advirtiéndolo con sorpresa
 La sangre con que aquel hombre
 El sitio que anda gotea.
 El siguió y tornaron ellos
 Por sobre el rastro que deja;
 Hasta entrar en otra calle
 Oscura, sucia y estrecha.
 En un rincón embutida,
 A la luz de una linterna
 De Cristo crucificado
 Se ve la imagen severa.

Paróse Juan; los corchetes,
 Que en el mismo punto llegan,
 Viendo que duda y vacila,
 En faz de preso le cercan.
 —“Fuera el embozo! gritaron;
 “Muestre á la luz lo que lleva.”
 Volvió los ojos al Cristo
 Juan, y helósele en las venas
 A una memoria terrible
 Cuanta sangre hervia en ellas.
 —“Fuera el embozo!” repiten,
 Y él acongojado tiembla,
 Sintiendo un cambio espantoso
 Que pasa en su mano mesma.
 Quiso hablar, y atropellado
 Un ¡dejadme! balbucea.
 Deshicieronle el embozo,
 Y mostrando Ruiz la diestra
 Sacó asida del cabello
 De Medina la cabeza.
 —“Acorredme, Santo Dios!”
 Grita aterrado y la suelta;
 Mas la cabeza oscilando
 Entre los dedos le queda.
 “Yo le maté! clamó entonces,
 “Hoy há siete años, por ella.”
 Y sin voz ni movimiento
 Cayó desplomado en tierra.

CONCLUSION.

Y así fué: que aquella noche
 De sangrienta confusión,
 En que al ruido de una riña
 Pedro á la calle bajó
 Con el estoque en la diestra
 Y en la siniestra el farol,
 No era en ella otro que Ruiz
 Quien llevaba lo mejor.
 Como un iman á una aguja
 Arrastra constante en pos,
 Como una serpiente á un pájaro,
 A una paloma un halcón
 Entorpecen y fascinan
 Sin que ala ni pié veloz
 Para huírle les acudan;
 A impulsos de su pasión
 Anduvo así Juan vagando
 De la fiesta en derredor,
 Y oía por las ventanas
 De danza el confuso són,
 Y via cruzar las sombras
 Una á una, y dos á dos,
 En fantástica carrera
 Y en monótona ilusión.
 Así lloraba acosado
 De sus zelos y su amor,
 Cuando oyó de una pendencia
 Vivo y cercano rumor:
 Cerróse en ella á estocadas
 Tan sin acuerdo y razon,
 Que á cuantos hubo á las manos
 Adelante se llevó.

En esto acudió Medina,
 Y Catalina al balcon
 De la suerte recelando
 Acelerada salió.
 Mas al ver cuál afanosa
 Curaba ella de otro amor,
 Cegaron á Ruiz los zelos,
 El despecho le embriagó;
 Y al tiempo que alzaba Pedro
 El brazo con el farol,
 Matóle á la faz de Cristo
 Como villano, á traicion.
 De entonces, en los siete años,
 Despues del hecho traidor,
 Ni una sola vez de miedo
 Por ante el Cristo pasó.
 Llegó la primera al cabo,
 Y en ella al cielo ocasion
 De mostrar que hay infalibles
 Tribunales solo dos,
 De irrevocable sentencia
 Sin cotos ni apelacion:
 Para verdades el TIEMPO,
 Y para justicias DIOS.

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ. (1)

Stabat Mater dolorosa
 Juxta crucem lacrymosa
 Dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo
 Su lumbré en opacas nieblas,
 Y, crespon de tanto duelo,
 Tendió la sombra en el suelo
 Anchos pliegues de tinieblas.
 Ni un pájaro por el viento,
 Ni una fiera por la roca,
 Ni entre el musgo amarillento
 Asoma reptil hambriento
 La desenterrada boca.
 Ni el ronco mar á lo lejos
 En sordo tumulto brama,
 Vibrando en turbios espejos
 Tornasolados reflejos
 Que por la playa derrama.
 Ni una brisa, ni un gemido
 El aire pesado encierra,
 Que doliente y abatido
 Yace sin fuerzas tendido
 Las alas contra la tierra.
 Grupos de nubes impuras
 En la alta region inmóviles,
 Ciñen en bandas oscuras
 La lumbré de las alturas
 Con sus cortinajes dobles.

(1) Dedicada al acreditado D. José Gutiérrez, que pintó en el Liceo artístico una bellísima *Dolorosa*.

Ráfaga de luz sangrienta
 En negro ambiente cruzando
 Amaga pronta tormenta,
 Una natura alumbrando
 Dormida ó calenturienta.
 La rosa que el aura riza
 Se dobla en el tallo seca,
 Y de la yerba pajiza
 Sostiene la raíz hueca
 Campo estéril de ceniza.
 Y del desierto á la entrada
 En torpe paso el Jordan
 Arrastra el agua pesada,
 Una con otra amarrada
 Sin ruido las ondas van.
 Y en los anchos arenales
 Por donde las ondas crecen,
 Los penachos desiguales
 Saludándolas no mecen
 Palmas y cañaverales.
 Todo entre sombras callaba;
 El mundo en reposo inerte
 Curioso se contemplaba,
 Cual de despertar acaba
 Un hombre, y duda si duerme.
 Vianse al lejos enhiestas
 Cerrando los horizontes,
 En dobles hileras puestas,
 Las enmarañadas crestas
 De los escarpados montes.
 Entre los troncos desnudos
 Alzando las blancas losas,
 Los esqueletos agudos
 Sacaron de asombro mudos
 Las calaveras medrosas.
 Ninguno osó preguntara
 Lo que era triste saber,
 Ninguno acertó á dudar
 Lo que salió á contemplar,
 Y alcanzó temblando á ver.
 Allí Adán el pecador
 Asomó el gesto confuso
 Mirando en su rededor;
 De rodillas con pavor
 Sobre la piedra se puso.
 —“Es esa mi raza...?” dijo
 Hiriendo la calva frente,
 Y llorando se maldijo,
 A su Dios mirando fijo
 En un palo entre su gente.
 Secos, vacilantes, flojos,
 Malditos en él tambien
 Los otros yertos despojos,
 Volvieron hácia Salen
 Los sin luz cóncavos ojos.
 Allí en la vasta llanura
 Está la impía ciudad,
 Como meretriz impura
 Que falsa ostenta hermosura
 Merced á la oscuridad.
 Y el Gólgota misterioso
 Levantado detras de ella
 Entre ufano y vergonzoso,

Con un suplicio horroroso
Rota la frente descuella.
Estaba en honda agonía
Al pié de la cruz llorosa
La Madre Virgen María,
Y de la cruz afrentosa
El Hijo muerto pendía.
Desgarrado el santo pecho,
Herido y alanceado,
Y en el madero derecho
Desconocido y deshecho
El cuerpo descoyuntado.
Tan rasgadas las heridas
De ambos piés y de ambas manos,
Que cayeran divididas
A no estar tan sostenidas
En brazos tan soberanos.
Y porque culpa tan fea
Ofrenda tan santa borre,
La hirviente sangre gotea,
Y en el peñasco en que corre
Avaro el viento la orea.
Allí por tierra postrada
Moribunda y desolada
La castísima María,
Con el suplicio abrazada
La ardiente sangre bebía.
Y parado el mundo entero
Asombrado la miraba,
Que sola en dolor tan fiero
A su Dios muerto lloraba
Al pié del santo madero.
— ¡Ella llora, y yo pequé...!
Madre amorosa, perdón,
Que yo le crucifiqué,
Yo su sangre derramé,
Y manché la creación!
Yo le robé de tus brazos,
Sin respeto á su deidad;
Le até con estrechos lazos
Para arrancarle, es verdad,
Las entrañas á pedazos.
Y tú, Madre, en tu dolor
Mesándote los cabellos,
Al verdugo matador
Tendiste los brazos bellos,
Demandándole favor.
Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
Pálida la faz de rosa,
Te prosternaste llorosa
Ante la raza maldita.
No humana, de tigres fué;
Que si te vieron acaso,
Los hombres en quien pequé,
Cual brezo que estorba el paso,
Te apartaron con el pié.
— ¡Tú hollada, Virgen, así...!
— ¡Tú que pisas de rubí
Vistosa, viviente alfombra,
Y besa el ángel tu sombra
Si pasa cerca de tí!
— ¡Tú, de estrellas coronada,

Del ardiente sol vestida,
Y de la luna calzada,
Tan triste y tan dolerida
Por raza tan condenada!
— ¡Tú llorando, Madre mía,
Cuando una lágrima tuya
El mundo rescararía,
Cuando el tiempo le concluya
En el postrimero día!
— ¡Tus ojos llorosos tanto
Cuando al sol prestan su luz!
— ¡Oh Madre, por tal quebranto,
Que me salve á mí tu llanto
Al pié de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo
De edad mas dichosa;
Tú, madre amorosa,
Lo sabes tal vez.
Entonces alegre
De afanes segura,
Soñaba ventura
Mi loca niñez.

Brindábame entonces
La vida placeres,
No ví en las mugeres
El mal del amor.
Reía y cantaba
Un día, otro día,
Y siempre el que huía
Tornaba mejor.

Que no me acosaban
Mis débiles años
Con duelos y engaños
De vana amistad;
Aun no de mis horas
De paz y esperanza,
Rompió la balanza
La estéril verdad.

El aire era un velo
De ricos colores,
Brotaban las flores
A impulsos del sol;
La noche tranquila
Que en paz me velaba,
Del cémit colgaba
Su turbio farol.

La vida era un sueño
Ligero y flotante;
Finjí delirante
Del mundo un jardín,
Creí que los días
Que pasan huyendo
Felices volviendo
Serían sin fin.

Entonces ¡oh Madre!
Recuerdo que un día
Tu santa agonía
Contar escuché:
Contábala un hombre
Con voz lastimera;

Tan niño como era
Postreme y lloré.
El templo era oscuro:
Vestidos pilares
Se vian y altares
De negro crespon;
Y en la alta ventana
Meciéndose el viento,
Mentía un lamento
De lúgubre son.
La voz piadosa
Tu historia contaba,
El pueblo escuchaba
Con santo pavor.
Oía yo atento,
Y el hombre decia:
— ¡Y quién pesaría
— ¡Tamaño dolor!
— ¡El hijo pendiente
— ¡De cruz afrentosa,
— ¡La Madre amorosa
— ¡Llorándole al pié..."
El llanto anudome
Oído y garganta,
Con lástima tanta
Postreme y lloré.
La voz conmovida
Seguia clamando,
El viento zumbando
Seguia á la par;
El pueblo lloraba
Postrado en el suelo,
Centaba tu duelo
La voz sin cesar.
Mi madre á su pecho
Mi pecho oprimiendo,
Posaba gimiendo
Sus labios en mí;
Y yo, Santa Virgen,
En son de querella
No sé si por ella
Lloraba, ó por tí.
Tú imagen estaba
Doliente á mis ojos,
Mi madre de hinojos
Oraba á tus piés:
Por quién lloró entonces
Mi pecho aflijido,
Yo nunca he podido
Saberlo despues.
Mi madre tan jóven,
Tan bella y penada!
Mi madre adorada
Llorando tambien!
Perdon, ¡oh María!
Soy hijo y la adoro,
Su aliento y su lloro
Quemaban mi sien.
Convulso, agitado,
El ámbito estrecho
Latir en su pecho
Sentí el corazon;
El niño creía

Y oró el crucifijo...
El niño era hijo
Y ahogó su oracion.
Ha poco en mis horas
De cuita y de duelo,
Amparo en el cielo
Con ansia busqué;
Tu nombre me trajo
Mi fé solitaria,
Y en honda plegaria
Tu nombre invoqué.
Que yo tambien lloro
Mundanos pesares,
Tambien tengo altares,
Y fé y religion:
Que el gozo y la risa
Que ostento en la frente,
Del alma doliente
La máscara son.
— ¡Ay triste! olvidado
No hallé en mi abandono
Mas luz que tu trono,
Y ciego y perdido
Sin lumbre y sin guia,
A tí te pedia
Llorando favor.
A tí que llorabas
El día tremendo,
Que viste muriendo
Al Dios de la luz:
— ¡Oh Madre! que el día
De cuentas y espanto
Me salve tu llanto
Al pié de la cruz!

— ¡Madre mía! si en tu cielo
Se oye el murmullo mundano,
Y mi cántico liviano
En su cóncavo sonó;
Si la estéril armonía
Llegó á tí del arpa loca,
Y los himnos, que mi boca
Sacrilega murmuró;
Tiende los divinos ojos
— ¡Oh Madre! desde la altura,
Que es polvo la criatura
Cieno y nada encontrarás;
Que en la senda de la vida
Cada paso que adelanta
Mas débil la torpe planta
Se acerca á su nada mas.
Acuérdate, Madre Virgen,
Que allá en la niñez tranquila
Por tí la clara pupila
Con mis lágrimas nublé;
Que hubo un día en que escuchando
La historia de tus pesares,
Delante de tus altares
Acongojado lloré.
Olvidate que insensato
Sin curar de tus dolores,

Canté profanos amores
Del arpa lúbrica al són,
Acuérdate que nacido
De flaca y terrena gente,
Tengo de tierra la mente,
Y de tierra el corazón.

Acuérdate, Madre mía,
Que nací niño y desnudo,
Y que hoy á tus piés acudo
Mi nada al reconocer.
Que mi lengua irreverente
Cambia en himnos inmortales,
Los cánticos criminales
Que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza
En tu noble amparo fijo,
Ruega ¡oh Madre! por un hijo
Al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremedo día
De justicias y de espanto,
Que me salve á mi tu llanto
Al pié de la santa cruz.

NAPOLEON.

"No hay mas que yo; dobléguense las leyes
"Ante la ronca voz de mis legiones:
"Romperé el aureo cetro de los reyes
"En su espantada frente á las naciones."

D. JUAN DONOSO CORTES.

I.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron,
Cuando grandes los dos se concibieron
De hito en hito los dos se contemplaron.

Sentóse el hombre al pié del monumento,
Y el monumento dijo: *Este es el hombre;*
Y el hombre al ver desde tan alto asiento
Esta es, dijo, la cifra de mi nombre.

De sus cañones el discorde arrullo
Su altivo sér le trajo á la memoria.
"Aquí debí nacer,"—dijo su orgullo;
"Aquí debo morir,"—dijo su gloria.

Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:
"Quien allí su bandera no enarbole
"Una oruga no mas será en el suelo.
"No valen cien coronas una estrella,
"Ni valemos un sol todos los reyes!"
"Que el tiempo airado la cerviz no huella,
"El sol alumbra, y quemán nuestras leyes."

Unos grandes allí su tumba abrieron,
E intentar lo era grande solamente,
Mas pensar en su orgullo no pudieron
Que era solo á sus piés tender la frente.

Allí depositaron sus despojos
Por guardarlos así de ojos humanos,
Porque al mirar su tumba, humanos ojos
Se creyeran imbéciles ó enanos.
¡Aquí está Napoleon! dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas,

Y las momias de Egipto despertando
Miraron por las urnas entreabiertas.
Las huecas calaveras asombradas
El gesto inmóvil á Napoleon tornaron:
¡Aquí está Napoleon! y atrailladas
En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas
La seca frente y los desiertos ojos,
Para oírle, y cayeron macilentas
A su tremenda voz, todas de hinojos.

Contó los esqueletos trasparentes
El vivo con los suyos triunfadores,
Y unió á los nombres de las calvas frentes
Sus vasallos, monarcas, ó señores.

Y no encontrando á su grandeza leyes
Gritó hiriendo los huesos con la planta:
"Yo soy emperador, ¡fuera los reyes!"
Y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada...
Nada en el ancho cóncavo vivía
Solo su desdeñosa carcajada
Entre las tumbas, resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas
Sello gigante, de gigante gloria,
Porque agobiado con sus hondas huellas,
Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio
Diciendo á los cadáveres hollados:
"Napoleon vino á visitar su imperio."
Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron
Cruzar el arenal con pié tranquilo,
Y allá á lo lejos saludarle oyeron
Con asombrado adiós al ronco Nilo.

II.

El hombre no existe ahora,
Que el tiempo al plegar las alas
La lámpara de la vida
El aire azotando apaga.

Las moles allí quedaron,
Y las osamentas calvas
En las urnas todavía
La voz del ángel aguardan.

Ellas descansan tranquilas
En su portentosa estancia,
Que las cobija orgullosa
Como ataúd y montaña;

Y él duerme, al pié de una roca
Entre las ondas amargas,
Donde su nombre salpican
Las espumas y las algas:

Porque la isla compasiva
Le recojó en sus entrañas,
Donde con su peso abruma
La lápida hospitalaria,

Al que quiso alzar el cielo
Sustentándole en la espalda.
¿Quién es el gigante ahora?
¿Quién de los dos es la página,

Las moles de aquel desierto,
O el nombre de las batallas?

III.

¡Paz al coloso!—Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Solo quien te rindió fué la fortuna.

Tú bien sabías que la inmensa mole
Que no llenan los hombres es el cielo,
Quien allí la bandera no enarbole
Una oruga y no mas será el en suelo.

El te enseñó que los colosos huella
El tiempo al fin con iracundas leyes,
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no vales un sol todos los reyes.

Dijiste: "Soy el grande de la tierra,
"No tengo en ella ya digno enemigo."
Grande mi pátria te llamó á la guerra:
Porque eras grande tú, lidió contigo.

LA SORPRESA DE ZAHARA [1].

ROMANCE DE 1481.

I.

Está Zahara en una altura
Entre montaña y colina
Sentada en la peña dura,
Que asoma la cresta oscura
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos
De noche hogueras en ella,
No distinguen los paisanos
Si son sus fuegos lejanos
Luz de atalaya ó de estrella.

Y al bajar al occidente
Confunde la luz del sol
Las lágrimas de la fuente,
Y el arnés resplandeciente
Del centinela español.

Y si alguna nube errante
Del valle exhalada sube,
Parece el pendón flotante
Hijo de la blanca nube
Que va saltando delante.

Allí los moros pusieron
Sus atalayas un día;
Un foso despues abrieron,
Y la villa concluyeron
Porque el invierno venia.

Tuviéronla muchos años
De los cristianos guardada,
Y con mil modos extraños
Causáronles muchos daños
En guerra tan prolongada.

[1] Esta poesía se publicó en el periódico *El Español* tal como está: el autor se ha abstenido de hacer en ella algunas correcciones de que tenía por cierto grave necesidad; pero acaso corregida sería enteramente nueva.

Sobre ambos los huracanes
Mugiendo y quemando pasan,
En ambos el mismo cielo
Su noche y su luz derrama;
Ambos yacen solitarios
Sin antorchas, y sin guardas,
En palacios de reptiles
Que en torno lentos se arrastran
Sin respeto á su grandeza,
Ni noticias de su fama.

"Aquí está Napoleon!" dice su nombre
Sobre las moles del desierto escrito,
Y donde alguna vez firmó aquel hombre
Todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
Y su gloria y poder desesperados
Envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente
A que el destino, su destino amarra,
Y viéndose leon, alzó la frente
Mostrando al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló despavorido,
Y al rastro de su pié le ató altanero:
El mundo entero sorprendió atrevido,
Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.

Numeró sus millones de soldados
Y trepó vencedor á la montaña:
Contó allí nuestros pueblos descuidados,
Y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura
Como á la fiesta va galán mancebo,
Avaro de la sombra y la frescura
De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores
Pródiga y perfumada primavera,
Do marcan el compás los ruiseñores
Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas
Para dar sed la fuente cristalina,
Y crece al pié de las pajizas cañas
Rica de olor, la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
Tiñe la tez, los ojos y el cabello
De la altiva morena que daría,
Antes que al yugo, á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,
Y de lindas bellezas orientales,
Entre guirnaldas encontró de rosas
Hierros de lanzas, y hojas de puñales.

Pirámide mas dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aquí doblar á muerto
Con copas de cristal, en los festines.

No tiene, no, el leon de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas,
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

Que á la sombra guarecidos
De las huertas y olivares,
Bajaban como bandidos,
Y robaban atrevidos
Alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban
Con rabia tales desmanes
Y vengarse meditaban,
Mientras ufanos ocupaban
La villa los musulmanes.

Estos, por cierto, valientes,
Eran pocos, confiados
En el brio de sus gentes;
Los otros, que eran prudentes,
Los cojieron descuidados.

Con fosos y torreones
Guarda hoy la morisca villa
En sus pardos murallones
Los sobrepuestos blasones
De Aragon y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron
Y guardarla no supieron
Los moros que la fundaron;
Cinco veces la ganaron
Y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores
Alzaron doble muralla,
Y alzaron torres mayores
Para quedar los mejores
En el sol de la batalla.

Por eso una sola senda
Dejaron en todo el cerro,
Porque mas fácil se entienda
La sola puerta de hierro
Si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos
Malamente entretenidos
En casa de los villanos,
En pensamientos livianos
Con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos
Son además los soldados,
Cuando en puestos apartados
Les dejan vivir ociosos
Por fuertes ó por cansados.

Pero avaros de venganza
Mas advertidos los moros
Hicieron punta á su lanza,
Mientras ellos en la holganza
Jugaban zambros y toros.

"De mas á esos perros ya
"La villa estuvo sujeta."
Dijeron; "vamos allá,
"Que por nosotros está
"La voluntad del Profeta."

Misteriosa expedición
Propusieron á tal fin;
Y para aquesta ocasion
Dieron gentes en union
La Alhambra y el Albaicin.

Salió el viejo rey Hazen
Con gente muy escogida,
Y dicen los que le ven:

—"Alá te lleve con bien
"Y vuelvas con honra y vida."
Saludoles al pasar
El musulman con la mano,
Diciendo, el arco al cruzar:
—"Le tengo que festonar
"Con cabezas de cristiano."

La tarde estaba nublada,
El viento ronco mugía,
Y gruesa lluvia pesada
Lia noche apenas entrada
En anchas gotas caía.

Veló medrosa la faz
La luna entre nubes pardas,
Y brilló en la oscuridad
El relámpago fugaz
En broqueles y alabardas.

Caidos los martinetes
Sobre las mojadas telas
Revueltas en los almetes,
Caminaban los ginetes
El lodo hasta las espuelas.

Mohino el rey por demás
Iba escuchando el rumor
De los pasos á compás,
Despues iba un atambor
Y los soldados detrás.

Iban entre los peones,
En vez de picos y palas
Y estrepitosos cañones,
Muchos moros con escalas
Para entrar los torreones.

La luz del siguiente dia
Apenas cumplida fué,
Ya Zahara se descubría;
Llegó la noche sombría
Y la tocaron al pié.

Contó el rey cuidadosamente
Las hogueras y señales,
Consultando diligente
Sus espías y su gente,
Partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó
Los ginetes y escuderos;
Y él mismo despues trepó
Con algunos caballeros
Y soldados que tomó.

Seguía la tempestad,
Zumbaba agitado el viento
Rodando en la oscuridad
Y azetando la ciudad
Con temeroso contento.

Se oía caer bramando
La lluvia de las montañas
De peña en peña chocando,
A la llanura arrastrando
Espinós, olmos y cañas.

Y en el alto torreón
Aturdido el centinela,
Murmuró humilde oracion

Acurrucado al rincón
De la covacha en que vela.
Y al calor de su gaban
Con el monótono arrullo
Que allí las aguas le dan,
Durmió rendido su afán
Oyendo el vago murmullo.
Soltó la lanza su mano,
Fijó el rostro en la rodilla,
Y así soñó el veterano
Una aurora de verano
En un lugar de Castilla.

Es grato en el blando lecho
Oír el viento que brama,
Y el agua que se derrama
Sobre los techos rodar;
Oír en la estrecha calle
El rumor acelerado
De las armas del soldado
Que acaban de relevar.

Y en confuso remolino
Oír crecer la tormenta,
Que cambia al pasar violenta
Las veletas de metal,
Y oír zumbiar sacudida
La mal sujeta campana,
Y oír en la ancha ventana
Temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,
El tímido infante hora,
La madre le mece y ora
Con religioso pavor;
El enfermo se acongoja
Y el amante desespera,
Que acaso vela y le espera
Entre las rejas su amor.

Los de Zahara silenciosos
O velaban ó dormían;
Solo en la villa se oían
En la densa oscuridad
El agua de las goteras,
El vago mugir del viento,
Y el ronco y medroso acento
De la negra tempestad.

Solo en apartada torre
Del mal guardado castillo,
Con el fulgor amarillo
De una lámpara al morir,
Velan algunos soldados;
Y se sienten desde fuera
El rumor de una quimerada
Y jugar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,
Sus apodos insolentes,
Que en todo hallan tales gentes
Contentamiento y placer.
Se juntan en borracheras
Para acabarlas riendo,
Y vuelven en concluyendo
Desde reñir á beber.

Y en el calor de las orgias,
Y el vapor de los licores,
Disertan de sus amores
En obsceno platicar;
Que su lengua irreligiosa
Sin respetos y sin vallas,
Solo de sangre y batallas
O mugeres ha de hablar.

De estas se miran algunas
Con los soldados mas mezos
En impúdicos retozos
Y deshonesto ademan,
Que osadas y descompuestas
O blasfemando ó riñendo,
Hasta embriagarse bebiendo
Desatinadas están.

La trémula llamarada
De una hoguera agonizante,
Presta á su rudo semblante
Una espresion mas feroz;
Y recibiendo la bóveda
La algazara en su ancho hueco,
Remeda con largo eco
La desentonada voz.

Harto de vino y de amores,
En dos bancos apoyado,
Cantaba un viejo soldado
Al son de un roto rabel,
E hiriendo á compás la mesa
Con plato, copa ó cuchillo,
Aullaban el estribillo
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y cada brindis
Insensatos blasfemaban,
Y reían y danzaban
Completando la embriaguez,
Y sus sombras en silencio,
Gigantescas, agitadas,
Cual fantasmas convidadas
Erraban por la pared.

—"A ellos!" gritaron voces,
Y entraron al aposento
Diez á diez y ciento á ciento
Los moros del rey Hazen,
Y apenas á las espadas
Acudieron los cristianos,
Les cercenaron las manos
Y las cabezas tambien.

Lidieron acaso algunos,
Pero tantos les entraron,
Que al fin los acuchillaron
Con las hembras á la par.
A los gritos de los moros
Los cristianos despertaban;
Pero los tristes se hallaban
Cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
Prestaba crédito apenas
A las cuerdas y cadenas
Con que atados dos á dos,
Por los árabes se vieron
A quienes con lengua y ojos

Pedian piedad de hinojos
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,
De los niños los sollozos,
Los esfuerzos de los mozos,
El dolor de la vejez,
Son inútil resistencia,
Porque á todos los infieles,
Atados como lebreles,
Los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen
Desesperada con ellos,
Que con sus propios cabellos
Mordaza ó cordel le dan;
En vano niños y enfermos
Yacen sin fuerzas postrados,
En tropel como ganados
Todos á los hierros van.

Fueron, por Dios, tristes horas
Las de noche tan sangrienta;
¿A quien de allá pidan cuenta
Malas cuentas ha de haber!
Que si hay justicia en los cielos
De tanta vida inocente,
Una vida solamente
Ha muy mal de responder.

III.

Medrosa de tanto duelo
Subió al oriente la aurora,
Entre cortinas de nubes
Que la apagan ó la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
Hilo á hilo, y gota á gota,
Sin que el sol tornasolara
Las lágrimas con que llora.
Andaba el aire aturdido
Sin hallar sitio en la atmósfera,
Que asaltada por la lluvia
Entre la lluvia se ahoga;
Y tanta gala los cielos
Ostentan cuando la acosan,
Que con mundos de cristal
La bloquean y la toman.
Lloraba el cielo por Zahara,
Que acaso por pecadora
La castiga, y ver no quiere
Los males con que la azota.
Cerróse en agua, y con ella
Cerró su misericordia;
Vendió con nieblas sus ojos,
Y su clemencia hizo sorda
Por no ver al rey Hazen,
Que en medio la gente mora
Amarró dos mil cristianos
Al carro de su victoria.
Cabalgaba el agareno
Sobre una yegua de Córdoba
Con la crin hasta el estribo,
Y hasta la tierra la cola:
Y como el cielo la empapa
En las aguas que la mojan,

La cola y la crin parecen
De espumas, algas y esponjas,
La plaza cercan los moros
Donde dos á dos arrojan
Los cristianos que cautivan,
Los cautivos que sollozan.
Allí mugeres y ancianos,
Allí vírgenes y esposas
Juntan á golpes y á gritos
Entre algazara y chacota.
Casi desnudos los llevan
A todos por mas deshonra
Hasta el centro de la plaza,
Donde á la intemperie opongán
La desnudez de las carnes,
Su temblor y sus congojas;
Y á los ojos de los moros
Los defectos de las formas,
O las castas perfecciones
Que con torpes ojos gozan.
El noble rostro hacía el suelo
Los tristes vencidos tornan,
Por ocultar en los ojos
Las lágrimas con que lloran:
Que la libertad perdida
Sin infamar nos agobia,
Pero mata y avergüenza
Perder libertad y honra.
Caíales por los hombros
El agua, porque furiosas
En su cabeza las nubes
Reventadas se desploman;
Que cuando al fin Dios castiga
Muestra su justicia toda,
Pues la maldad de los hombres
Toda su clemencia agota.

Mandó Hazen que los cristianos
Guardados por buena escolta
Vayan delante á Granada
Por la vereda mas corta;
Mas viendo que los ancianos
Y los enfermos le estorban,
A su guardia de Gomeles
Dijo impaciente en voz ronca:
"Llegarán los que llegaren,
"Los mozos á las mazmorras,
"Las muchachas al serrallo
"Y los viejes á la horca."

Preparan los granadinos
Bohordos en Vibarrambra
Torneos para los nobles,
Para el pueblo luminarias.
Cuelgan de púrpura y blanco
Miradores y ventanas,
Y el populacho á las puertas
Al rey impaciente aguarda.
En la vega están los ojos
Y en la via de Zahara,
Que el rey envió corredores
A decir que está ganada.

Añafiles y atabales
Por honra y por fiesta sacan,
Y en corros moros y moras
Gritando y riendo saltan.
"Viva el rey," dicen algunos,
Y otros gritan: "muera Zahara;"
Y todos á los vencidos
Insultan, mofan é infaman:
Que siempre quien vence grita
Porque los vencidos callan,
Porque las lenguas se sueltan
Donde las manos se atan:
Porque la risa provoca
Tal vez la agena desgracia,
Y al que nace desdichado
Hasta compasion le falta:
Que quien cae pone á los otros
Para que pasen la espalda,
Y maldicion es que lloren
Algunos lo que otros cantan.
Así ondean los pendones
En las torres de la Alhambra;
Así Granada la bella
Se viste imbécil de gala,
Cantando hoy loca las glorias
Que ha de maldecir mañana.
Venir se ven los cautivos
Entre la neblina parda
A pasos descompasados
Como los cautivos andan:
Que como el alma les pesa
Así les tiembla la planta.
Delante y detras los moros
Y por los lados los guardan,
Los alfanjes en la diestra,
Los broqueles á la espalda.
Siguen despues los ginetes
Y nobles con el monarca,
Los lanzones en la cuja,
En el arzon las adargas;
Mostrando bien los caballos
En su perezosa marcha
La fatiga del camino,
Lo largo de la jornada;
Que traen el arnés mohoso,
Deslucidas las gualdrapas;
Hasta las crines el lodo,
Desde las crines el agua.
Cuando á la puerta de Elvira
Los zahareños llegaban,
Cantaba el pueblo su triunfo
Con vítores y algazara.
Aplaudian con las manos,
Con panderos y sonajas,
Al són de los duros hierros
Que los otros arrastraban.
Cesó de pronto el aplauso,
Susurraron en voz baja
Palabras que nadie oía;
Pero todos murmuraban.
Ojos habia en la turba
Oscurecidos con lágrimas,
Y ojos que con luz sombría

Para maldecir miraban.
Desnudos y á la intemperie
Los prisioneros entraban,
Ancianos, madres y niños
Entre broqueles y lanzas,
Sin respeto á su inocencia,
A su sexo y á sus canas.
Las madres sus muertos hijos
Traian desesperadas
En los maternales brazos
Y en los brazos de su alma.
Movidos á compasion
Los moros de pena tanta,
Sus ojos de los cautivos
Indignados apartaban.
Las madres libres llorando
Atropellando los guardias,
A las cristianas cautivas
Sus propias telas regalan,
Y parten los alimentos
Que á los moros preparaban,
Entre los tristes esclavos
Que los devoran con ansia.
Algunos mas altaneros
Acaso los rehusaban,
Que el pan de la esclavitud
Entre los labios amarga.
Alzose Muley Hazen
En los estribos de plata,
Viendo la piedad del pueblo
Y la miseria cristiana.
Rabioso de que la plebe
Le eche su crueldad en cara,
Atropelló con su yegua
Por la turba aglomerada,
Dividiendo así los moros
Y los esclavos de Zahara.
"Adelante," gritó airado
Con la voz ronca de rabia;
"Todos son esclavos míos,
Al serrallo las muchachas,
Los mozos á las mazmorras
Donde mas á luz no salgan,
Y los viejos que los maten,
Pues no me sirven de nada."
Calló el pueblo amedrentado,
Obedecieron las guardias,
El rey subió con los nobles,
A toda rienda á la Alambra.

IV.

Sentado está el rey Hazen
En un morisco almohadon,
Y muchos moros se ven
Cruzar el ancho salon
Para darle el parabien.
A las puertas, reverentes
Delante su rey se paran,
Doblando humildes las frentes;
Que al rey miran tales gentes
Como al mismo Dios miraran.